

BIOGRAFÍA
DEL
GENERAL JOAQUÍN PARÍS

BIOGRAFÍA

DEL

GENERAL JOAQUÍN PARÍS, 1795-1868

POR LA SEÑORA

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, 1833-1913

OBRA PREMIADA EN EL CONCURSO HISTÓRICO-LITERARIO
ABIERTO EN BOGOTÁ CON OCASIÓN DEL PRIMER CENTENARIO
DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

CDD. 923.861

BOGOTÁ

IMPRESA DE MEDARDO RIVAS

1883

BOLIVAR Y SU SIGLO.^(*)

El tema propuesto para este concurso histórico-literario es "Bolívar y su siglo." En las siguientes páginas nos hemos apartado de la letra del tema dado, mas quizá no de su *espíritu*. Comprendemos que se desea un estudio de la época en que floreció Bolívar, y particularmente para lo que hoy día llamamos Colombia y que entonces era Nueva Granada. Como se ha discutido tanto y con mucho acierto acerca de la persona del Libertador, hemos pensado que en la apoteosis del Héroe era bueno que alguien tratase de alguno de los Jefes que servían á sus órdenes; de uno de aquellos oficiales que le ayudaron á vencer, y sin los cuales y solo no hubiera podido libertarnos. Escogemos, pues, para ilustrar este punto, la vida de uno de nuestros más beneméritos ciudadanos, de quien poco se ha hablado entre nosotros, porque, como lo ha dicho un escritor extranjero, "era modesto hasta rayar en la humildad, y el tipo del patriota, tanto más glorioso cuanto más modesto." Él no hablaba jamás de sí mismo, y esto ha bastado para que pocos se hayan ocupado en referir sus hazañas de la manera como lo merece.

Hablamos del *general Joaquín París*.

(*) Este escrito fué premiado en el Concurso histórico abierto por el Gobierno de Cundinamarca, con ocasión del primer Centenario del Libertador Simón Bolívar.

Así como sucede que los planetas no pueden competir con la luz del sol, pero no por eso dejan de ser espléndidos por sí solos, así el Libertador, — ese sol de nuestro hemisferio político, — aun siendo tan brillante, no eclipsa con su propia gloria la luz de los astros que le rodearon. Al narrar la vida de uno de los oficiales más simpáticos de aquella época, no hay duda que contribuiremos con un ligero contingente al monumento literario que se levanta á la memoria de nuestro Libertador. Unos labrarán la estatua del héroe; otros su pedestal: á nosotros nos toca la tarea más humilde.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOAQUÍN PARÍS.

I

Hacia algunos años que hervía en todas las colonias hispano-americanas un descontento general con la madre España, y se notaba en todas partes y en todas ocasiones el deseo ardiente, no de independizarse, — que aquella palabra no era aun conocida entre nosotros, — sino de cambiar de gobierno, de respirar con mayor libertad, de sacudir un tanto el yugo que pesaba ya demasiado sobre los colonos que aspiraban á una existencia con menos trabas mentales y mayores facultades para ejercitar su entendimiento. Estas ideas se entiende que no germinaban entre el pueblo, el cual, atrasadísimo y satisfecho con sus gobernantes, porque no aspiraba á más, no ambicionaba nada mejor: no, aquellas ideas se hallaban difundidas en las altas clases de la sociedad, y en Santafé de Bogotá bullían en las almas de los jóvenes mejor educados. Influidos por D. Antonio Nariño, los Lozanos, los Ricaurtes, los Camachos, los Azuolas, los Gutiérrez, — toda esa pléyade de importantes miembros de la

juventud santafereña,— se reunían en casa de Doña Manuela Santamaría de Manrique, y de su hija Doña Tomasa, matronas instruídas y amantes de las ciencias como hoy día las hay pocas en nuestra capital.

Al empezar el siglo, y aunque el Gobierno español había perseguido y desterrado á Nariño, las sociedades literarias llamadas del *Buen gusto* y *Eutropélica* continuaban su curso, y á su sombra los patriotas preparaban una futura rebelión contra el orden de gobierno establecido. Estas sociedades literarias se enlazaban con otra científica que había establecido y amparaba el Gobierno, llamada “la Expedición Botánica,” bajo la dirección del sabio sacerdote Mutis. Unas y otras se llenaron de júbilo al empezar este siglo, con la llegada á Santafé del Barón de Humboldt, el cual arrojó sobre aquel foco científico y literario deseoso de adelantar, una nueva vida y les llevó ideas, procedimientos y ciencias recientemente descubiertos. Merced á los consejos de Humboldt, el Gobierno español mandó construir un Observatorio, el cual puso á la disposición del maravilloso Caldas, que pasaba su vida entregado á las ciencias y á quien el amor á la Patria llevó al cadalso.

Extraña era, por cierto, la sociedad santafereña en vísperas de la Independencia, y lejos de estar atrasada como la pintan generalmente, era más científica que lo que es hoy día; sus habitantes,— hablo siempre de la clase superior,— se ocupaban en altas cuestiones de ciencias y de filosofía, y como no tenían que dedicarse á la política ratera y de ambiciones y vanidades ruines que después ha reinado entre nosotros, sus ideas eran elevadas, sus miras nobles y su patriotismo acrisolado.

En medio de aquella sociedad nació el héroe de esta relación. Sus padres fueron D. José Martín París, español oriundo de Madrid, y su esposa, Doña Genoveva Ricaurte, hija de familia importante de esta capital. Joaquín era el último de los hijos varones de D. Martín y había nacido el 18 de Agosto de 1795. Siendo el niño mimado de la familia, descuidaron su educación; no se le envió á colegio alguno, y sólo aprendió á leer;

escribir y aritmética en una escuela de primeras letras. D. Martín tomó parte en las juntas preparatorias que dieron por resultado la revolución de 1810; así, pues, no es de extrañar que el joven París, que había sentado plaza como cadete en el “Batallón auxiliar,” estuviese presente en todos los acontecimientos ocurridos el 20 de Julio en Santafé.

Con el joven Joaquín París habían tomado las armas sus hermanos Manuel y Antonio, que hicieron la campaña de Venezuela con Bolívar, y Mariano, que murió en 1833 de una manera trágica, de lo cual hablaremos adelante (1).

Enviado el general Baraya al Cauca á combatir al coronel español D. Miguel Tacón, París le pidió que le incorporase en el batallón que llevaba, compuesto de 300 valientes, entre los cuales se hallaba Atanasio Girardot.

París, como teniente de una compañía, se halló en toda aquella campaña, y, aunque no había cumplido diez y seis años,

(1) El Coronel Manuel París hizo la campaña con Bolívar hasta el sitio de Valencia, en donde cayó en manos del cruelísimo español Boves: como nuestro patriota tuviese fama de ser chistoso, Boves, antes de fusilarle, le mandó convidar á comer para oírle hablar y divertirse con él. París consiguió un vestido militar y charreteras, y como sus amigos le improbaban aquello, diciéndole que las charreteras ofendían á Boves, él no hizo caso y se presentó con ellas. Después de oírle conversar el jefe español, le dijo:

—Estoy por no fusilarte..... pero eres tan insurgente.....

El otro le contestó con una chuscada, y Boves,—que seguramente había deseado atraerle, aunque sin éxito — le mandó fusilar sin misericordia.

Cuando presentaron á Antonio París á Bolívar, éste quiso nombrarle capitán; pero él rehusó el grado, diciendo que no quería recordar las batallas en que había estado por los ascensos que recibiera. En 14 meses de campaña llegó á teniente coronel. En la acción de San-Carlos perdió una pierna y se retiró con Urdaneta á Valencia; en aquel sitio memorable se hacía llevar en camilla á las trincheras y sobre ellas peleaba como un león. Bolívar le dió un certificado brillantísimo—y en un decreto le concedió su sueldo íntegro de teniente coronel para toda la vida. El Congreso le otorgó una pensión por cierto número de años, al cabo de los cuales se la quitaron.

Estaba entonces pobrísimos y cargado de familia y pidió que se le volviesen á conceder, lo cual logró en el Congreso; pero Mosquera — que era entonces Presidente — objetó la ley, y el heroico inválido murió de pesadumbre y en la miseria.

se portó como un héroe, y fué herido en una rodilla en el puente de Palacé, el 28 de Marzo de 1811. Derrotado Tacón y pacificado el Norte de la Provincia del Cauca, Baraya regresó á Santafé, y con él vino París: allí estuvo presente en la instalación del primer Congreso federal, y en seguida, continuando á órdenes de Baraya, partió para el Norte á combatir á los realistas que amenazaban la Nueva Granada desde Cúcuta. Entre los compañeros de armas de París se hallaban Caldas, Urdaneta y el subteniente Francisco de Paula Santander, con quien trabó una amistad que duró muchos años.

Peró desgraciadamente en aquellos aciagos tiempos, en lugar de unirse para arrojar de su suelo á los españoles, se hallaban divididos los patriotas en dos bandos, unos federalistas, otros centralistas. Baraya era federalista, y armado contra Nariño, que gobernaba en Santafé, le atacó por orden del Congreso federal, el 9 de Junio de 1813; pero fué derrotado y quedaron presos muchos jefes y oficiales. París, que le acompañaba, pudo librarse de la prisión, yéndose para el Norte con Atanasio Girardot. A poco de haber llegado á Tunja, tuvo la satisfacción de conocer al entonces coronel Simón Bolívar, quien, derrotado en Venezuela, había pasado á Cartagena, penetrado al interior de Nueva Granada, y, delirando con volver á libertar á su Patria, pedía desde Cúcuta al Gobierno de Tunja que le diese un auxilio de tropa y oficiales para formar un ejército en Venezuela. D. Camilo Torres le mandó el despacho de Brigadier granadino y un cuadro de oficiales, muchos de los cuales han dejado su nombre gloriosamente esculpido en los anales de la Patria. Eran éstos Girardot, Urdaneta, D'Elhuyar, Vélez, Ortega, Ricaurte y los cuatro hermanos Manuel, Antonio, Mariano y Joaquín. Enviados por Bolívar á atacar al general español Correa, atrincherado en la Angostura de la Grita, los granadinos, comandados por el coronel Manuel Castillo Rada, desalojaron fácilmente al jefe español de sus posiciones, el 13 de Abril de 1813, y la campaña en Venezuela se abrió con ventaja.

Sin embargo, Castillo Rada era émulo de Bolívar, y fuera

porque realmente tuviese poca confianza en la habilidad del jefe venezolano, ó porque las glorias de éste le hiciesen sombra, lo cierto es que aquél, después de tener varias reyertas con su general, al fin renunció á su empleo de segundo jefe del ejército, y se devolvió para Nueva Granada, sacando varios jóvenes del lado de Bolívar; entre éstos al capitán Joaquín París, que era su ayudante de campo, y á Mariano París, quienes se separaron allí de dos de sus hermanos, á uno de los cuales, Manuel, no habían de ver más, porque estaba destinado á perecer fusilado por orden del ferocísimo Boves; el otro, Antonio, si no murió en Venezuela, dejó una pierna en la acción de San-Carlos y volvió después mutilado á su Patria. (1)

II

Entre tanto los españoles se apoderaban del Cauca y el brigadier Sámano era dueño absoluto de toda aquella hermosa provincia. Semejante noticia traía muy desazonado al Congreso de Nueva Granada, el cual aceptó con gusto el ofrecimiento que le hizo Nariño de tomar á su cargo la campaña del Sur. Nombrado jefe de las fuerzas, Nariño reunió prontamente un ejército de mil cuatrocientos hombres y salió de Santafé en Junio de 1813, llevando jefes escogidos y oficiales experimentados, entre los cuales iba el joven Joaquín París. En la ciudad de La-Plata, Nariño recibió un oficio de los españoles en el que le pro-

(1) Entre los seis hermanos varones que tenía nuestro héroe, tres de ellos no tomaron las armas en favor de la causa de la Independencia. El primogénito era D. Francisco, nacido en 1779; había seguido la carrera militar, y aunque se retiró del servicio de España cuando estalló la revolución, fué siempre partidario del Rey. El segundo, D. José Ignacio, conoció en España á Bolívar, y desde entonces trabaron una amistad que duró siempre. Aunque no fué militar, pasó al Cauca con Madrid; allí cayó prisionero y los españoles le dieron doscientos palos para que denunciase el paradero del general Cabal, pero no lograron que hablase. Hombre acaudalado y patriota, se le deben muchas mejoras agrícolas en el país: fué el donador de la estatua de Bolívar que se encuentra en la plaza mayor de Bogotá. Ramón, el tercero, tampoco tomó las armas, y fué hombre pacífico y enemigo de guerras.

ponían tratados : el general patriota envió un parlamentario á Popayán á entenderse con Sámano ; pero nada se logró, y él resolvió proseguir su campaña. Sámano no hizo ningún esfuerzo para defender los pasos y desfiladeros del camino ; pero á poca distancia de Popayán Nariño encontró un fuerte destacamento español á órdenes del mismo Sámano, que le atacó el 30 de Diciembre en el Alto-Palacé. Los patriotas atravesaron el puente del río en el momento en que los españoles trataban de destruirlo para cortarles la comunicación, les persiguieron hasta el puente real del Cauca, y les derrotaron completamente. Sámano se había replegado sobre Popayán, después de su derrota en el Alto-Palacé ; pero no hizo sino atravesar la ciudad, y, luégo que mandó volar algunos cajones de pólvora, continuó su marcha hasta el pueblo del Tambo, en donde se detuvo con su tropa aguardando auxilios de Pasto.

Mientras tanto Nariño tenía que reorganizar su ejército, fatigado con la marcha por caminos frágiles, y al mismo tiempo defenderse de las fuerzas que avanzaban sobre él por la vía de Cali, en donde se hallaba el coronel Asín. Envió, pues, al coronel Cabal á ocupar el Palacé, é intimó rendición á Asín, que se hallaba en Piendamó ; éste recibió al parlamentario con desprecio, y pasando el río Palacé se reunió á Sámano en la hacienda de Calibío.

Parte del ejército de Nariño ocupaba el campamento en que tres años antes Baraya había vencido á los españoles, y en donde París había hecho sus primeras armas. Llegó al fin el 15 de Enero de 1814 y la hora que Nariño, habiendo reunido alguna tropa más, creyó oportuna para atacar á los españoles. Estos poseían más recursos, mayor número de tropas y estaban fortificados en la hacienda de Calibío. Pero nada podía resistir al valor de los patriotas, los cuales, atacando á Sámano por tres partes, y cargándole á la bayoneta, le pusieron en derrota, dejando atrás cerca de trescientos setenta muertos, entre ellos el coronel Asín, muchos prisioneros, su artillería y pertrechos.

El capitán París se distinguía siempre por su arrojo en los campos de batalla y por su singular modestia después de la hora del conflicto, rehusando todo elogio y procurando encubrir y ocultar sus actos de valor, como si fuesen defectos en lugar de virtudes: esta cualidad, rara siempre en todas partes, rarísima entre nosotros y singularísima entre los militares, acompañó siempre á París hasta su muerte; cualidad á la cual tendremos muchas veces que aludir durante la narración de su vida.

Sámano se había retirado á Pasto, y desde allí hostilizaba á los patriotas por medio de guerrillas que asesinaban á cuantos salían del centro del ejército. La guerra á muerte, declarada por una y otra parte, causaba grandes daños, pues nadie perdonaba ni era perdonado, y todo prisionero pagaba con la vida su infortunio.

No obstante la necesidad que había de desalojar á los españoles de los riscos y despeñaderos en que se habían situado en la provincia de Pasto, Nariño no pudo reunir fuerzas suficientes para el caso hasta fines de Marzo. El 22 de este mes salió de Popayán, á la cabeza de 1,400 hombres, mal armados, pero llenos de arrojo, á través de un país en donde tenían un enemigo en cada habitante y les amenazaba la muerte sin cesar bajo todas formas, y por climas tan malsanos, que bastaba atravesar algunos lugares de prisa para enfermar de fiebre palúdica. Además, los patriotas tenían que cargar la artillería por sendas intransitables, y eran hostilizados por guerrillas que bajaban sobre ellos de las alturas como tempestades y tenían tiempo de hacerles muchos daños antes de que aquéllos pudiesen defenderse. “Hacia cualquier parte que se dirija la mirada,”—dice un geógrafo, “no se ven aquí sino cerros destrozados, quiebras profundísimas, picos agudos ó altos paredones de peña viva, testigos de las catástrofes sufridas por las montañas trastornadas por los volcanes.” Como fuese aquella estación de lluvias, los trabajos que hubieron de pasar Nariño y sus compañeros fueron indecibles; los arroyos eran torrentes invadeables y los ríos iban tan crecidos, que nadie osaba atravesarlos. Obligado á per-

manecer en la inacción, por causa de tantos contratiempos, Nariño sufría muchísimo con la demora, y veía que su ejército se desalentaba y que corría el tiempo, con graves pérdidas para él y con ventajas para el enemigo. Ordenó, pues, que se continuase la marcha á pesar de las lluvias, pasando los ríos por medio de maromas, de rejos y vi gas que cortaban en los montes, escasos de alimentos, y sosteniendo el fuego del enemigo, el cual, situado en las alturas, podía atacarles sin peligro : otras veces pasaban los patriotas el día ocultos en los montes y caminaban de noche por veredas agrias y resbaladizas, descendiendo á las profundidades y subiendo á los páramos helados sin descansar un momento.

En uno de aquellos combates fué herido París (1) y cabalgaba después muy trabajosamente en una mula que había obtenido con mucha dificultad, de manera que varias veces se vió á punto de ser precipitado á los abismos. Al cabo de algunos combates parciales, Nariño fué desalojando á los españoles de sus posiciones más ventajosas, y se hizo dueño de toda la línea del Juanambú. El 2 de Mayo el ejército patriota acampó en la hacienda de Papajoy, en donde pensaba su jefe descansar algunos días y refocilar sus tropas.

III

Sámano había sido removido, y el jefe español actual, el brigadier Aymerich, se había replegado sobre Pasto, en donde puso en armas á todos los vecinos, tan decididos realistas, que hasta las mujeres formaron en las filas del ejército español. Con suma actividad el español reunió su gente y volvió con mayores fuerzas y á marchas forzadas sobre los patriotas, que le hicieron frente en la cuesta llamada de Cebollas ó Colina Chacapamba, el 8 de Mayo. Después de un reñido combate, los españoles emprendieron retirada, dejando atrás parte de su artillería

(1) Nariño, con tal motivo, le concedió una condecoración llamada de « Juanambú, » que no pudo entonces instituir oficialmente.

ría. El general Cabal, con quien iba París, siguió en pos del enemigo ; pero habiéndole asaltado una fuerte tempestad, tuvo que pernoctar en el páramo de Tacines, sin abrigo y sin alimentos ningunos. El resto del ejército le alcanzó durante la noche, y Nariño continuó su marcha con el batallón de Cundinamarca y el del Socorro, antes de amanecer, con dirección á Pasto ; dejando la mitad del ejército en el páramo. Con los primeros albores del día los patriotas llegaron al Ejido y de allí descubrieron á Pasto y del otro lado vieron el ejército realista que continuaba en retirada por el camino de Guáitara, dejando la ciudad defendida por sus vecinos.

Nariño intimó rendición á la ciudad, y como no recibiese contestación, quiso entrar en ella, pero fué rechazado por los pastusos, que se hallaban ocultos entre los barrancos y matorrales. Él había mandado orden á los cuerpos que quedaban atrás para que acudiesen prontamente con la artillería, y aguardaba por momentos que ésta llegase; así, pues, continuaba la carga con decisión; pero viendo al fin que no llegaba el refuerzo pedido, resolvió retirarse de la ciudad y tomar la altura que la domina. Durante la retirada cayó el caballo de Nariño atravesado por las balas enemigas, y mientras que los demás seguían, él se quedó atrás á la merced de los contrarios, los cuales cargaron sobre él. Como no pudo desasirse del caballo, viéndose acometido, tomó sus pistolas, y aguardando á que se le acercasen los enemigos, disparó simultáneamente ambas armas y mató en el sitio al que iba adelante; los demás se detuvieron un momento, y mientras tanto llegó el capitán París, é interponiéndose, le defendió con su persona hasta que Nariño pudo levantarse y ponerse á la defensiva.

Las pérdidas de los patriotas habían sido muy serias, y no solamente había muerto mucha parte de la tropa, sino gran número de los oficiales más valientes. Llegó la noche, y Nariño, siempre en retirada, no comprendía qué había sido del general Cabal y del cuerpo de reserva que no había obedecido á su llamamiento. Casi todos los que habían quedado con el jefe se des-

bandaron en la oscuridad, y al fin Nariño se encontró solo con seis de sus más adictos compañeros, marchando prófugo por aquellos andurriales.

Después de caminar toda la noche, al fin llegaron á Tacines y allí quedaron espantados con la noticia que recibieron de que desde medio día el ejército había clavado la artillería y emprendido la retirada, con motivo de la falsa noticia que les habían dado de que Nariño había caído prisionero con toda la vanguardia.....El campo ofrecía el aspecto más desolador : los heridos que se habían quedado atrás y los que llegaban por diferentes partes morían allí, presa del desaliento, de la escasez unos y de la desesperación otros ; y á poco habían de perecer los demás alanceados por los pastusos, que iban persiguiéndoles. Nariño experimentó entonces una espantosa tristeza, un desconsuelo indecible, y más bien que volver á Popayán, vendido por los suyos y derrotado de aquella manera, prefirió entregarse al enemigo, como lo hizo pocos días después.

Entre tanto, París logró reunirse con el cuerpo del ejército que iba adelante comandado por el general Cabal, y después de haber sufrido grandemente en la marcha, llegó á Popayán, en donde recuperó la salud comprometida con tantas faenas y terribles angustias. Allí permaneció hasta el fin del año, y en seguida continuó con el ejército en retirada hasta Palmira.

IV

Como hemos visto, Sámano había sido reemplazado por Aymerich en el mando de los ejércitos realistas del Cauca ; pero éste á su vez lo fué por el general Vidaurrázaga. Como su posición en Palmira fuese precaria, Cabal estableció su cuartel general en la margen derecha del río Palo, que baja del nevado del Huila. Con Cabal estaban ya el capitán Liborio Mejía, el coronel francés Serviez y otros militares no menos notables. Los patriotas tenían mil hombres apenas y con éstos aguardaron á los realistas, que habían enarbolado bandera negra y

proclamado públicamente la guerra á muerte : es decir, era ya oficial lo que antes se hacía por instinto.

Después de algunos combates parciales en que los realistas quedaron victoriosos y los patriotas perdieron algunos muertos y prisioneros, se libró al fin — el 5 de Julio de 1815 — la batalla llamada del Palo. Pelearon los patriotas aquella vez con tanto ímpetu, que los batallones enemigos fueron arrollados y desbaratados por completo en poco rato, muriendo en la lid y después de ella más de trescientos realistas. Los prisioneros, que pasaban de quinientos, fueron unos fusilados, y otros enviados á Santafé é incorporados en las tropas republicanas que pasaron á fines de aquel año á Casanare.

Los patriotas entraron victoriosos en Popayán dos días después. Pero su triunfo duró poco: los españoles ganaban terreno en todas partes ; Bolívar había sido desbaratado por última vez en Venezuela, y por todas partes se pronunciaban las poblaciones en favor del Rey. En Santafé gobernaba un triunvirato con poca habilidad; el pacificador Morillo había llegado á Santa-Marta y después había puesto sitio á Cartagena.

Las malas noticias llovían sobre el ejército caucano. Súpose entonces que el Congreso había elegido Presidente al Dr. Camilo Torres, pero que le dejaban como Consejeros de Estado á los mismos miembros del triunvirato anterior, y que en nada había cambiado ni mejorado el Gobierno en Santafé. Mientras que por todas partes los enemigos avanzaban sobre Santafé y los patriotas se veían perdidos, en el Norte García Rovira procuraba en vano resistir á las fuerzas de Calzada; Torres, angustiado, había renunciado el puesto de Presidente, apenas tuvo noticia de la derrota de Chachirí, y en su lugar fué nombrado D. José Fernández Madrid.

El Dr. Madrid había tomado posesión de la silla presidencial el 14 de Marzo de 1816, sólo por acceder al deseo general, pero sin esperanza ninguna de llevar á buen puerto la espirante República. Morillo y Calzada, después de obtener triunfos en todas partes, seguían avanzando; los patriotas estaban tan des-

alentados que nada podía sacarles de su estado desconsolador. Viendo aquello Madrid, y alentado por el capitán París, que acababa de llegar del Cauca, enviado por el ejército caucano en comisión para proponerle que fuese á ejercer el Poder Ejecutivo en aquella provincia, decidió ponerse en retirada y partir para el Sur, en busca de una salvación ya imposible en el centro de la República. Partió, pues, el 3 de Mayo con una corta escolta de honor, el medio Batallón "Socorro," su esposa,—la entonces joven é interesantísima Doña Francisca Domínguez,—varios patriotas eminentes y algunas familias que tenían mucho que temer de la venganza de los españoles.

El Presidente llegó á Popayán sin mayor novedad, habiendo dejado en La-Plata parte de las pocas fuerzas que llevaba consigo. Los patriotas del Cauca apenas contaban con 700 hombres, todos en la mayor miseria, sin sueldos ningunos y tan sin raciones que para comer tenían que trabajar como jornaleros en los ratos en que no estaban de guardia. La tropa, sin embargo, no estaba desalentada, y era tan leal, que no hubo un solo soldado de la guarnición de Popayán que desertase para pasarse á los ejércitos realistas que les rodeaban y que enviaban proclamas y ofrecimientos de amnistía hasta el interior de los cuarteles.

El Cauca estaba invadido por ejércitos españoles: Sámano ocupaba todo el Sur hasta pocas leguas de Popayán; Warleta llegaba del Norte con tropas; Báyer se había hecho dueño del Chocó, y Tolrá entraba por Guanacas. El Colegio electoral de Cali había reconocido el Gobierno español, y cuando lo supo Madrid, que era hombre pacífico y, como hemos dicho, llevaba consigo á su señora, resolvió partir para Buenaventura; pero no pudo llegar al puerto, y al fin cayó en manos de los españoles.

Renunció, por tanto, el puesto ilusorio de Presidente. Lo propio hizo el general Cabal, dejando el mando del ejército al coronel D. Liborio Mejía.

Cabal había creído que con las pocas fuerzas de que disponía era locura atacar á Sámano, que estaba atrincherado á seis leguas de Popayán, en un sitio llamado "la Cuchilla del Tambo";

pero Mejía, que recibió proposiciones de Warleta para que se entregase, creyó que el honor de aquel puñado de valientes demandaba una manifestación pública de su resolución de permanecer leales á su causa. Empezó por publicar un bando que declaraba guerra á muerte á los realistas, y en seguida se dispuso para ir á atacarles.

Los patriotas estaban persuadidos de que aquella declaración de guerra á muerte era su propia condenación, y celebraron su seguro exterminio con una marcha fúnebre á través de la población, con las armas á la funerala, las cajas destempladas y las banderas á media asta, en señal de duelo.

Pero ese lúgubre espectáculo no espantaba á los patriotas de aquella época ni les infundía temor; al contrario, cuando recibieron, el día 27 de Junio, la orden de marchar con dirección á la Cuchilla del Tambo, todos se aprestaron con entusiasmo y escucharon con señales de respeto el discurso que les dirigió uno de sus capellanes, el elocuente é ilustrado Padre Padilla. En aquel discurso el sacerdote cristiano excitó á los soldados á la clemencia con el enemigo y á la resignación á la propia muerte, asegurándoles que, puesto que su causa era justa, no quedaría sin recompensa en ésta y en la otra vida.

El día 29 se libró el combate, que fué uno de los más sangrientos en toda aquella época: los patriotas pelearon heroicamente, pero en vano, porque fueron arrollados y exterminados. Quinientos muertos y heridos quedaron en el campo de batalla: los doscientos restantes fueron hechos prisioneros la mayor parte, y unos pocos lograron huir por los montes. El coronel Mejía, con unos pocos oficiales, pudo escapar, internándose por los riscos y despoblados. En compañía de éste se encontraba el capitán París, el cual, no obstante haber sido herido en un hombro, quiso á todo trance amparar á un amigo suyo llamado Isaac Calvo, que era muy gordo y no podía correr. Viendo las fatigas de su compañero, París le tomó de la mano y trató de arrastrarle en su fuga; pero el desgraciado Calvo no podía seguirle y se sentó espirante de fatiga á la vera del camino. París

suplicó á su amigo que hiciese un esfuerzo más para tratar de correr.

—No te canses, le contestó Calvo, no puedo.....

—Pero pereceremos ambos !.....

—Eso no sería justo, dijo el otro: vete, amigo, y déjame aquí.

—No puedo abandonarte !

—Sí; te lo exijo..... huye, sálvate, por Dios !

—Ven: trataré de ayudarte.

Pero nada valieron las súplicas de París: Calvo no quiso seguirle, y al fin hubo de abandonarle, porque en realidad ¿qué objeto tenía el que perecieran ambos ?..... Pocos momentos después Calvo fué alcanzado por los realistas, que le alancearon sin misericordia. En aquellos tiempos aciagos no se hacían prisioneros después de una batalla..... todo enemigo que se encontraba huyendo, moría en el sitio; los prisioneros eran los que se tomaban horas después de la refriega, y cuando ya se habían calmado los ánimos, se había agotado la pólvora ó des-puntado las lanzas en los cuerpos de los contrarios.

París continuó su fuga, entre tanto, por andurriales y des-poblados, unido á otros compañeros. A poco andar se encontraron con García Rovira, que se dirigía con otras personas á buscar el camino de los Andaquíes para internarse hacia el Brasil y buscar su salvación fuera de las posesiones españolas.

Tomamos aquí una narración hecha por el mismo París y que encontramos en un álbum en que el señor José María Quijano Otero recogió algunos autógrafos de próceres de la Independencia.

Después de relatar largamente los acontecimientos ocurridos en el Cauca en aquella época, dice así:

“Al día siguiente de la batalla del Tambo se encontraron los dispersos con el general Rovira en el Tambo de Gabriel López, situado al pie del páramo de Guanacas. Rovira iba con la estimable familia Piedrahita, compuesta de cuatro lindas señoritas y padre y madre, que hacía días andaban vagando por huir

de los españoles. Allí pasaron la noche juntos, y al rayar el alba se disponían á seguir su marcha los que iban en dirección de La-Plata, que eran casi todos, cuando hé aquí que, montados en sus mulas y despidiéndose de la familia ya nombrada, sobrevino un incidente verdaderamente singular, que dió á la improvisada escena un desenlace tan imprevisto como interesante. La señorita Josefá Piedrahíta, que era la más interesante de las cuatro hermanas, y que durante la reciente peregrinación acababa de ser el objeto de las más finas atenciones de parte de Rovira, le rogaba que la llevase en su compañía ; pero él se excusaba pintándole los trabajos que necesariamente experimentarían, pues su intento, como el de otros patriotas proscritos que también debían unírsele, era nada menos que internarse en unas montañas no transitadas, y embarcándose en el Caquetá, llegar al Marañón y salir al Brasil, si la suerte les favorecía. Que los compañeros (á quienes se juntarían por varios caminos hombres respetables como Caldas, los Torres, Madrid, Dávila, Torices, etc.) no verían bien que él llevara una señorita á su lado sin ser casados ó parientes. A estas reflexiones oponía ella las circunstancias extraordinarias en que el país se hallaba, y decía que, por no caer en poder de los españoles, pasaría por cuantas críticas se la hicieran. En fin, después de prolongado algún tanto este original debate, en que la señorita no cedía de su pretensión, y á Rovira le faltaba valor para cortarlo bruscamente, le propuso éste, pan pan, vino vino, que se casaran; ella accedió inmediatamente, y los padres se apresuraron á dar su permiso antes de que se lo pidieran. Entonces, bajándose Rovira de su mula, suplicó al padre Florido que hiciera lo mismo para que les casara, á Mejía para que fuera su padrino, y á la futura suegra, su madrina. Los testigos todos se hallaban montados al rededor del grupo principal, y unos y otros, alumbrados por la pálida luz de la mañana, al pie de un inmenso páramo, ofrecían un cuadro digno de la pluma de Walter Scott.

“Terminado el ceremonial, sin más solemnidad que la que daban la soledad del campo y lo peregrino de la situación, dis-

persáronse los circunstantes, siguiendo cada uno su camino y quedándose los recién casados atrás.”

.....

V

Los prófugos continuaron su marcha, pasando tal cúmulo de trabajos, de afanes, fatigas y angustias, que cuando al cabo de días fueron apresados, sintieron alivio. Más valía la muerte segura que los sufrimientos de la fuga!

Llevaronles presos, vejados, insultados y encadenados como perros de caza, de dos en dos, hasta Popayán, en donde les sepultaron aparte unos de otros en varias cárceles. Allí continuaron por muchas semanas aguardando la muerte. Cada día los prisioneros oían las detonaciones en la plaza de San Camilo de aquella ciudad, y comprendían que fusilaban á sus compañeros. Al fin corrió la voz de que iban á ser quintados los prisioneros que quedaban, y para ese caso les reunieron á todos en un calabozo. Aquella escena ha sido referida por dos de los que la presenciaron: uno, á quien había tocado la boleta aciaga (D. José Hilario López, después General y Presidente de la República); el otro, D. José María Espinosa, que murió hace poco. Pero no refieren ellos los pormenores de la misma manera que lo hacía el general París. Éste decía que, como fuese íntimo amigo de Mariano Posse, que le quería mucho, le había dicho en alta voz: “Joaquín, si á ti te toca muerte y á mi vida, cambiaremos de boletas!” Acto de insigne generosidad que el general París recordaba siempre con honda gratitud.

No fué, sin embargo, necesario poner á prueba la palabra de Posse, porque á París tocó boleta blanca y á Posse negra. Entonces fué cuando sucedió aquel lance que tantas veces se ha referido, en que sacaron á los quintados para fusilarles, llevándoles hasta el pie del patíbulo, donde les fué notificada la conmutación. A Posse causó tal impresión la vuelta á la vida, que sufrió hasta la muerte un accidente que le daba con fre-

cuencia, y siempre á la misma hora en que se le había conmutado la pena.

París fué conducido á Santafé con otros prisioneros importantes, con el objeto de que dispusiera de ellos el pacificador Morillo. En el Espinal los prisioneros trataron de fugarse, pero en vano, y tuvieron que continuar hasta la capital. Refería París que durante aquel viaje el coronel Montalvo decía siempre en tono de chanza:

—No lo duden ustedes: nos han de fusilar á todos, menos á Caldas, por ser un sabio, y á París, por ser tan joven!

El Dr. Ulloa, el patriota caucano, que venía preso también, se afligía sobremanera, refería París, con estas chanzas: la vida le sonreía y no quería morir.

Habiendo llegado á Bogotá, París fué juzgado por el Consejo de guerra, y para manifestar imparcialidad y justicia le dijeron que bien podía escoger un defensor, el que quisiera de los que estaban presentes.

El joven París recorrió con la vista la sala y los circunstantes; naturalmente estaba rodeado de enemigos! ¿A quién escoger entre todos aquellos oficiales españoles que le miraban con burla desdeñosa? El único que conocía era un coronel López, que le había quintado en Popayán y mandaba la escolta que le condujo á Santafé; pidió á éste que le defendiera.

Como era de temer, el tal López resultó ser muy mal abogado, y apenas dijo algunas palabras insignificantes en favor de París. Entonces éste tomó la palabra y alegó que debería tener la vida salva, puesto que ya había pasado por el riesgo de ser quintado, y la suerte le había favorecido; y además, que había empezado su carrera militar en 1810, cuando casi no tenía uso de razón.

—Calla, embustero! le gritó Sámano interrumpiéndole.

París guardó inmediatamente silencio, y trató de alejarse lo más que pudo del feroz anciano, que tenía costumbre de escupir la cara á los prisioneros; aquél temía más sufrir tamaña afrenta que la muerte misma.

El Consejo de guerra le perdonó la vida, pero le condenó

á presidio en Puerto-Cabello por diez y seis años! El mismo coronel López fué á la prisión á darle aquella *feliz* noticia, que París no recibió con el júbilo y agradecimiento que el español pensaba debería haber manifestado.

El joven pidió licencia de ver á su padre, D. Martín, que se hallaba en otra prisión, viviendo de la caridad de la señora Doña María Josefa Domínguez de Roche, quien se encargó de enviarle los alimentos y la ropa: en tal miseria había caído un hombre pudiente antes de la revolución, español enviado á América con empleo del Rey! Pero no conviniendo á los españoles, según pensaban, dar alivio y consuelo á los que tenían bajo su dominio, rehusaron conceder aquella gracia al prisionero de la Cuchilla del Tambo, y sólo le permitieron ver á su madre una sola vez, antes de partir para el presidio.

El 6 de Noviembre de 1816 Morillo emprendió viaje de Santafé para Venezuela, después de seis meses de permanencia en la capital, en donde se entretuvo en hacer ejecutar á todos los patriotas de alguna importancia que pudo haber á las manos; y si no perecieron todos los que estaban encarcelados, fué porque al fin el *pacificador* recibió una real orden de España, en la cual se mandaba que todos los reos políticos fuesen juzgados por jueces civiles y con arreglo á las leyes españolas. Siempre los servidores son más crueles que los amos, y en América, durante toda la dominación española, sucedió así.

VI

Entre la tropa que llevaba Morillo iba la escolta que conducía á los presidiarios condenados á las mazmorras de Puerto-Cabello. Los desgraciados patriotas iban siempre encadenados de dos en dos, como perros de caza. A París tocó ir atado con D. Simón Burgos, y juntos hicieron el viaje á pie y maltratados por los realistas con una brutalidad increíble, de manera que les obligaban á palos ó aguijándoles con las puntas de las lanzas á atravesar por entre los ríos, aunque hubiese puentes por donde pasar: de noche les alojaban en las cárceles de los pueblos con

los asesinos y ladrones, y les ponían delante una artesa llena de groseros alimentos, de la cual tenían que sacar con la mano su parte, hirviendo y lo más aprisa posible, antes de que los demás se la arrebatasen, pues siempre era escasa y los lentos se quedaban sin ración. Refería París que entre los prisioneros iba uno que se fingía loco y llevaba una vasija asquerosa que metía entre la artesa, lo que producía tal asco á sus compañeros, que no podían comer después de él. Cuando alguno de ellos moría, los crueles soldados le dejaban horas enteras encadenado al vivo, con el objeto de hacer sufrir á éste lo más posible. Realmente aquellos hombres se habían convertido en verdaderas fieras ; lo que prueba que el hombre que no está sometido á las leyes morales, vuelve á un estado de brutalidad que no deja qué envidiar al tigre y á la pantera.

En Maracaibo metieron á los presos en una goleta que debía conducirles á Puerto-Cabello. Como llevasen grillos todavía, suplicaron algunos presos que se los quitasen para poder descansar; hicieronlo así con todos, menos con el joven París, quien no lo pidió por no deber favor á sus perseguidores. Yendo en alta mar, el 1.º de Marzo de 1817, atacó á la embarcación realista un corsario francés con ínfulas de patriota. El buque realista trató de defenderse, pero el pirata lo tomó al abordaje y degolló á todos los que venían bajo el pabellón español, menos á París, que iba con grillos, lo que probaba que era patriota. El Capitán le quitó las cadenas y le llevó á su embarcación, en donde el joven santafereño presenció tales actos de crueldad durante los pocos días que estuvo allí, que, espantado con aquellas escenas, pidió al corsario le dejase en una isla cualquiera, la primera que encontrasen al paso: igual súplica hizo una señora, viuda de un jefe español que habían apresado los piratas y á quien habían tratado ignominiosamente. (*)

(*) Refería el general París que años después se encontró de manos á boca, en las calles de Bogotá, con el dicho pirata, que llevaba otro nombre y era acatado por todo el mundo, como si fuese un hombre honrado. París se horrorizó al verle, pero considerando que no le había matado, guardó el terri-

El corsario, que no quería bocas inútiles en su embarcación, accedió á lasúplica de los dos y les botó en la primera playa que avistó. La isla parecía desierta y se acercaba la noche. París llevó á la señora hasta acomodarla lo mejor que pudo debajo de un árbol, pues ella parecía sufrir muchísimo del mal trato que la habían dado los corsarios. Estando solos los dos desgraciados en aquella playa desierta, la infeliz señora empezó á quejarse y llorar amargamente, pasando así las horas de la noche; y ¿cuál no sería el espanto del joven cuando, al aclarar el día, descubrió que la desdichada señora había dado á luz un niño muerto!.....¿ Qué hacer en semejante angustia? Felizmente bajaba por allí cerca un arroyo en donde iban á abastecerse de agua los habitantes de la isla, y á poco se presentó un negro con un asno: París le refirió lo que había sucedido á la señora, que estaba al parecer moribunda, y entre él y el negro la colocaron sobre el asno y fueron á pedir asilo en un ingenio que había no lejos de allí. En esa hospitalaria casa la señora logró restablecerse, y apenas París la vió mejor, consiguió que les llevasen á Curazao, pagando el pasaje con una onza de oro que había logrado ocultar de la rapacidad de los piratas, metiéndola en la suela de su zapato.

La señora, que pertenecía á una distinguida familia española y tenía influencia en el Gobierno, encontró muchos amigos y compatriotas en Curazao, los cuales, agradecidos de lo bien que se había portado el militar patriota con su compañera de trabajos, le ofrecieron colocarle en el ejército español con el mismo grado que tenía entre los patriotas, si se iba con ellos para España. Pero París era verdadero amante de su patria, y prefirió permanecer en la miseria y el desamparo más bien que hacer traición á su causa. Su deseo era ir á buscar á Bolívar, que estaba en Venezuela.

Partidos sus amigos de Curazao, París quedó solo y sin recursos, ni más ropa que la que llevaba en el cuerpo desde que

ble secreto hasta su muerte, y á nadie dijo que el que era bien visto en todas partes había sido el bandido más perverso del mundo.

salió de Santafé, ni dinero alguno con qué comprar alimentos. Como no quería pedir limosna, solicitó trabajo en una cigarrería que tenía un negro; éste le pagaba un real por día, con lo cual lograba comer escasamente y vivir entre gente tan pobre como él.

Pero si aquella situación era triste para un joven como París, hijo de una familia distinguida y criado en un centro culto ¡cuánto no llegaría á amargársele la situación cuando, habiendo enfermado de un mal cutáneo, producido por los malos alimentos y contagiado sin duda de los pobres con quienes vivía en contacto, el cigarrero le despidió y no quiso volverle á ocupar !

Entonces empeoró su situación: no tenía un centavo, y no vivía sino de lo que le regalaba el negro, á quien solía encontrar en la calle ! Pasaba dos ó tres días sin comer y cuando conseguía un medio real, no alcanzaba con eso á apaciguar el hambre. Supo la logia masónica de Curazao la situación angustiosa del joven neo-granadino, y le mandó á preguntar si se había recibido de masón; y como él no perteneciese al gremio, rehusó auxiliarse con cosa alguna. Como París tuviese amigos en Maracaibo, logró que le recomendasen á unos comerciantes ricos de Curazao, que eran judíos y de apellido Enriquez: éstos se contentaron con invitarle á comer. ¿Cómo aceptar este obsequio cuando andaba andrajoso y miserable ? Rehusó, pues, la invitación de los comerciantes y continuó muriéndose de hambre.

Un día, exánime ya, se dirigió á la playa y se tiró sobre la arena á esperar la muerte. De repente vió que se acercaba un buque que llegaba de Europa y que desembarcaban alegremente algunos pasajeros. Entre éstos se hallaba D. Manuel Antonio Arrubla, que había sido su amigo. Se levantó París precipitadamente, y, olvidando su traza de pordiosero, se acercó al recién venido, llamándole por su nombre. El Sr. Arrubla se sorprendió muchísimo de que le hablase aquel miserable, y no le reconoció por el momento; pero cuando cayó en la cuenta de quién era, le abrazó llorando de compasión.

Arrubla no podía detenerse en Curazao, pero quiso que su

joven amigo le acompañase á comer al hotel. París rehusó, asegurándole que acababa de comer.....y el infeliz se moría de inanición ! Pero ¿ cómo presentarse en un hotel de la traza en que estaba ? Arrubla comprendió el motivo de su negativa y le ofreció prestarle lo que tenía en la bolsa, que era una onza de oro y una moneda de plata.

Apenas se hubo despedido el Sr. Arrubla, cuando París, que casi no podía sostenerse en pie, se arrastró hasta el primer bodegón que encontró y pidió de lo que hubiese. Le dieron un plato de chanfaina, y se lo comió vorazmente; pidió otro, y otro y otro, hasta que creyó morir de hartura ! hacía muchas semanas que no comía nada caliente ; la moneda de cobre que solía regalarle el negro no le alcanzaba sino para comprar guayabas, que era lo más barato que había en la isla. En chanfaina gastó la moneda de plata ; y la onza de oro la llevaba apretada en la mano como si fuese un tesoro nunca visto. Con ella asida se acostó esa noche, y cada vez que trataba de dormirse se le figuraba que se la habían quitado ó cambiadosela ; encendía lumbre para verla y no se saciaba de mirarla y contemplarla. Al fin llegó el día y fué á buscar á Arrubla para despedirse de él : este buen amigo, antes de seguir su viaje, le llevó á un almacén y le hizo vestir de nuevo, y en seguida le presentó en casa de un médico que le recetó y curó en breve de sus dolencias.

Empero, el jóven sólo deliraba con volver á tomar las armas contra los españoles. Contrató, pues (gastando en ello cuanto le había dejado Arrubla) su pasaje en una pequeña embarcación que había de llevarle á Cumaná, en donde sabía que estaba un destacamento patriota. En aquel lugar tuvo la fortuna de verse con el sabio D. Francisco A. Zea, que había tratado á su familia íntimamente en Santafé, y con quien tenía alguna relación de parentesco. Zea llevó á París á su casa y le hizo colocar como segundo jefe de un escuadrón, siendo el primero Juan José Flórez, que después fué General y años más tarde Presidente del Ecuador.

VII

De Cumaná pasó París, en los primeros meses de 1818, á Angostura, en donde fué acogido con aprecio por el Libertador, quien le dió un puesto honorífico en su ejército. Acompañó á Bolívar en varias acciones desgraciadas que entonces dió contra los españoles, y fué vencido. Cuando el Libertador nombró á Santander Jefe de las tropas que debía levantar para obrar sobre Nueva Granada, París pidió y obtuvo que le nombrasen Jefe de uno de aquellos cuerpos. Los Jefes habían leído con entusiasmo la proclama expedida por Bolívar para que fuese distribuida en toda la Nueva Granada, en la cual había estampado estas proféticas palabras: "El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la libertad!" Esta proclama estaba fechada el 18 de Agosto de 1818, y menos de un año después Bolívar entraba en Bogotá vencedor!

París era incansable en sus trabajos militares y el brazo derecho de Santander, quien le trataba como á su más íntimo amigo; á sus órdenes recorrió los Llanos de Casanare, visitó las orillas del Orinoco, recogiendo tropa y preparándola para la campaña; y fué uno de los pocos que recibieron la confianza de Bolívar y de Santander cuando se proponían invadir el territorio Neo-granadino, sin que lo sospechasen los realistas, á marchas forzadas y por caminos intransitables. Santander se adelantaba con la vanguardia, en la cual, — siempre ardiente en el combate, valiente hasta la temeridad y tranquilo en medio de los mayores peligros, — iba el joven París. Pasando el Pore, trasmontaron las cordilleras, atravesaron páramos, pasaron por las orillas de los precipicios, y al fin, el 5 de Julio, desnudos, hambrientos, pero indomables, llegaron al primer pueblo de la provincia de Tunja, á Socha. Pero no podían descansar si querían triunfar. Continuaron, pues, su marcha sin detenerse; no tenían muchas armas, porque gran parte de ellas se habían perdido entre las malezas y en el fondo de los ríos crecidos; sólo los Jefes iban á

caballo, y un llanero sin caballo es como un pez en tierra firme. Era preciso tratar de remediar aquello: al cabo de tres días, merced á la actividad de Bolívar, secundado por los jefes neogranadinos, había conseguido lo que necesitaba y se habían vuelto á poner en marcha.

Barreiro, noticioso de la llegada del ejército libertador, se preparaba á combatirle á la cabeza de tres mil hombres. En Julio se libraron las primeras acciones de Corrales y Gámeza; los patriotas triunfaron y siguieron adelante. En el *Pantano de Vargas*, el 25 de Julio, volvieron á vencer y continuaron su marcha. En todas partes salían las gentes á recibir á los libertadores con entusiasmo, con júbilo, y hasta los más infelices les ofrecían cuanto poseían. A principios de Agosto entró Bolívar en Tunja, en donde le recibieron los ciudadanos con los brazos abiertos. Pero el tiempo urgía y no podía perderse, porque convenía impedir á todo trance que el brigadier Barreiro se uniese á las tropas que Sámano tenía en la capital.

Barreiro era joven, elegante, bien educado y valiente, pero carecía de suficientes conocimientos militares, por haber tenido poca práctica, y aunque llevaba á sus órdenes un ejército mayor que el de Bolívar, no podía competir con el Libertador en el arte militar, ni tampoco en la audacia, en la actividad y en el numen ó inspiración maravillosa que le hacía comprender de un golpe de vista la situación que debía tomar para librar una batalla. En Tunja, Bolívar obtuvo muchos recursos, armas, guías y soldados voluntarios que se pusieron á su disposición.

Una vez que el Libertador tuvo noticias ciertas de la posición de Barreiro, el 7 por la mañana mandó avanzar sobre el puente de Boyacá precipitadamente á su ejército, que constaba por junto de dos mil hombres. Cuando á las dos de la tarde los españoles se acercaban al puente, la caballería patriota les hizo frente. Los realistas — 2,900 hombres — se habían formado sobre la falda de una altura en cuya cumbre Bolívar situó su infantería en columna cerrada.

El general Anzoátegui mandaba el ala derecha y el centro,

y Santander el ala izquierda; París estaba á la cabeza de los Cazadores de Vanguardia que atacaban el puente de Boyacá, y desbarató y derrotó la vanguardia de Barreiro. En el primer ataque le mataron el caballo y fué rechazado; cargó segunda vez á pie y tuvo que retroceder; pero al tercer ataque atravesó el puente, mientras que una compañía de llaneros llamaba la atención del enemigo vadeando el río. Casi simultáneamente los españoles volvieron caras y empezaron á huir, espantados con el feroz aspecto de aquellos llaneros, que casi desnudos manejaban la lanza con pasmosa agilidad, y horrorizaban con su presencia. Pero no les fué posible escaparse: los patriotas alcanzaban á los prófugos y les obligaban á rendirse. Barreiro, con casi todos los jefes de su ejército, mil seiscientos soldados, toda la artillería, los caballos y los pertrechos, cayó en manos del Libertador. Apenas se salvaron unos cincuenta oficiales que habían huído los primeros y que llegaron á Bogotá dos días después con la noticia. Sámano se puso en fuga con la mayor parte de los españoles que vivían en Santafé, y la ciudad quedó acéfala hasta que llegó Bolívar.

París había jurado vengarse de los soldados y jefes que tanto le habían atormentado durante su época de prisión; pero cuando los encontró entre los prisioneros, humillados y abatidos, llenos de miedo de una justa retaliación, aquel hombre, que, á pesar de una vida tan azarosa, era siempre caritativo y humano, no pudo burlarse de ellos siquiera, y en nada les hizo pagar su crueldad para con él. Fué encargado de la delicada comisión de llevar los prisioneros á Bogotá, y se esmeró en tratar al brigadier Barreiro con las mayores consideraciones; cuantas comodidades podía proporcionarse en el tránsito para el prisionero las ponía á su disposición. Esto lo hacía principalmente, porque Barreiro era el único de los españoles que le había saludado con cortesía cuando el mismo París estuvo preso.

La llegada de París á Bogotá fué una verdadera resurrección para su familia: todos ignoraban su suerte desde que había partido de Bogotá con Morillo, y le creyeron muerto, hasta que

alguien dijo que en el ejército de Bolívar había un jefe llamado Joaquín París, muy valiente y denodado. D. José Ignacio, su hermano, y que fué el amigo más fiel de Bolívar, salió á recibirle, y en seguida se encontró en la calle con su hermano Ramón, á quien abrazó lleno de alegría.

El vestido de los libertadores era cosa de dar lástima : el mismo día en que París llegó á Bogotá iba vestido con unos pantalones de manta, atados debajo de los brazos, por ser demasiado grandes para él, y una chaqueta pegada á la piel, por carecer de camisa. (1) Yendo de esta traza se encontró París en la plaza mayor (hoy llamada de Bolívar) con la protectora de su padre, el cual había muerto en la prisión: Doña Josefa Domínguez, quien muy lujosamente ataviada pasaba con su hija, hermosa niña de diez y ocho años. Detuviéronse los dos grupos, y Doña Josefa abrazó al hijo de sus amigos, y dijo á su hija que hiciese lo propio : la niña dió un paso atrás y bajó los ojos; él dió uno adelante y se turbó..... no se abrazaron, pero sí se miraron al soslayo, y se prendaron el uno del otro.

En aquellos tiempos todo se hacía de prisa: ocho días después París había pedido á Doña Josefa Domínguez la mano de Mariquita Roche, y ella se la había otorgado. Como el joven teniente-coronel tenía que partir con una división en persecución del general Calzada, que iba en retirada hacia Popayán, el matrimonio se aplazó para cuando regresase. Pero si dejaba atrás ya nuevos afectos, no por eso se debilitaron su valor y osadía. Combatió con buen éxito á los realistas del Cauca, hasta dejar limpia de enemigos gran parte de la provincia.

VIII

El general José María Obando era entonces guerrillero realista, y por consiguiente enemigo político de París. Sin em-

(1) El Libertador mismo llegó á Bogotá sin camisa y con el uniforme á raíz de la piel. Al día siguiente andaban buscando una docena de camisas para llevarle de regalo.

bargo, éste era tan humano y caritativo que, sabiendo un día en dónde se hallaba Obando oculto y gravemente enfermo, se dió sus trazas de mandarle médico. El guerrillero, que era en realidad mucho menos feroz de lo que lo pintaban sus enemigos, sumamente agradecido de aquel acto de generosidad del santafereño, le escribió una carta para darle las gracias y enviarle un caballo pastuso de regalo. Inmediatamente el comandante patriota le mandó un sable de su uso, suplicándole que no lo desenvainase nunca contra su Patria, y el otro respondió: “No puedo asegurar sino que jamás lo usaré contra Joaquín París, pues tengo mi espada para defender al Rey.”

Una vez concluidas las operaciones militares más importantes en el Cauca, París escribió á Santander, que estaba de Vicepresidente, y con quien había estrechado durante la campaña en Casanare íntima amistad, pidiéndole licencia para regresar á Bogotá á casarse. Santander le manifestaba muchísimo cariño, y en una serie de cartas dirigidas á él, que tenemos á la vista, escritas desde 1818 hasta 1821, le hace mil protestas de amistad, le llama “hijo,” “amigo querido” y otras ternezas por el estilo.

En contestación á la carta en que París le pedía licencia para regresar á casarse, Santander le dijo lo siguiente, que transcribimos como una muestra de las relaciones que existían entre los dos:

“Al benemérito comandante Joaquín París.

“*Santafé, 6 de Diciembre de 1819.*”

“Mi querido Joaquín.

“Por licencia para casarte no dejarás de unirme á Mariquita; pero por lo que es licencia para venir aquí actualmente, hay alguna dificultad. Acaso por el correo venidero te pueda dar alguna esperanza. Ten paciencia, porque no todas veces se pueden conciliar los intereses de Marte y Cupido.

“Ya supongo á tu batallón en un pie brillantísimo: quisiera que en su vestuario también fuera brillante, pero se dejan

pedir por una vara de paño catorce pesos. No les faltará de manta, y en Quito se les hará de lo que se quiera.

“La Patria toda va buena. Casi toda la Inglaterra está ya en Venezuela para aliviar á Morillo. Si estos señores ingleses no pidieran tanta plata ¡ qué lindos que fueran ! ¿ Cuándo toman á Pasto ? Después de que hemos tomado la Nueva Granada en los términos y circunstancias en que se ha hecho, nada me parece ya dificultoso de poderse vencer. Yo no quiero que se arriesgue ningún comprometimiento, pues no estamos tan desesperados como en Bonza; al contrario, quiero que haya toda la prudencia y circunspección necesarias, pues conviene conservar la fuerza que tenemos en esa provincia, con la cual, y la que se está preparando, formaremos un ejército que pueda merecer el nombre.

“Según las órdenes del Presidente y los preparativos que hago, debe contarse indefectiblemente con que en Febrero todo estará listo. Ustedes deben siempre manifestar en conversaciones al pueblo y á la tropa que de un momento á otro llegará el armamento y las fuerzas para seguir á Quito. De este modo siempre se tiene en alarma al enemigo, y en confianza á los pueblos.

“No ha sido posible condescender en la solicitud de Santa Cruz, por más que tú y Obando (1) la hayan creído justa.

“Sirva esta carta para Obando y para ti, menos en el asunto que trata de Mariquita.

“Abrazo á todos los oficiales, muy particularmente á Pepe Galindo. Refréscate en el Paracé, báñate en el río Blanco, pásate por el Ejiño, visita las monjas de la Encarnación, tómales el bizeochuelo, diviértete instruyendo á tu batallón, baila una y otra vez el bambuco, no olvides en los convites el *Muchuyaco*, todo de manera que sean pocos los minutos que pienses en Mariquita.

(1) El entonces coronel Antonio Obando.

“A los títulos de compañero y amigo, reuno hoy el de padrino (1); soy, pues, tu amigo, compañero y padrino que te ama,
“SANTANDER.”

A pesar de esta rotunda negativa á las instancias de París, éste hizo tanto, que al fin consiguió la licencia para volver á Bogotá á casarse, al principiar el año de 1820. En su lugar quedó mandando la guarnición el coronel Antonio Obando, á la cabeza de poco más de 400 hombres: allí fué sorprendido por Calzada y José María Obando, que llevaban 2,000 hombres, y fué completamente desbaratado.

Habiéndose casado París en el mismo año, Santander le nombró Gobernador de Neiva y partió para aquella provincia con su esposa. Mientras tanto, Bolívar, después de celebrar un armisticio con los españoles con quienes reñía en Venezuela (2) llegó á Bogotá en vía para el Ecuador (3). Entre los oficiales que nombró para que le acompañasen en aquella iniciada campaña, pidió que le llamasen al teniente-coronel París. Inmediatamente le escribió Santander la carta siguiente:

“Bogotá, 10 de Enero de 1821.

“Querido Joaquín.

“Prepárate para seguir á Quito con el Libertador, pues es una lástima que estés hecho un perezoso en esa provincia, atrasando tu carrera militar. Tú puedes ser coronel á la vuelta de dos combates. (4)

“Que mi ahijada venga á donde su mamá, que allí quedará bien cuidada, entretanto que tú te cubres de gloria y de laureles. Memorias mil á mi querida ahijadita.

“Soy tu más apreciador y amigo que te estima de corazón,

“SANTANDER.”

(1) París le había nombrado su padrino de matrimonio.

(2) Este tratado fué firmado el 26 de Noviembre de 1820 y en seguida tuvo Bolívar una entrevista con Morillo.

(3) En los primeros días de Enero llegó el Libertador á Bogotá.—Quijano, *Historia patria*.

(4) ¿Qué diría hoy el general Santander si viera que ahora se ganan las charreteras de general sin haber pechado, ó por haber corrido delante del enemigo?

Sin duda á París no sonreía la idea de ir á emprender nuevas campañas tan recién casado; puesto que, con fecha 21 de Febrero, encontramos otra carta de Santander en que le dice: “A qué demonios quieres venir á Santafé?..... piensas ser teniente-coronel eternamente? Pues mi opinión no es ésa.....”

No obstante, la vacilación, si la hubo, pues sólo lo hemos inferido, ésta duraría poco, puesto que encontramos otra carta de Santander, fechada en Septiembre de 1821, que dice así:

“Querido Joaquín mío.

“Me alegro que vayan contentos y que tengas tan grande interés en salir con brillo. Tus glorias y las de esos oficiales y soldados que tanto aprecio, me son interesantes.

“Te doy orden de marcha é instrucciones. Procede con mucha prudencia: acuérdate de mi prudencia en Casanare, que los chisperos llamaban cobardía, y que es lo que nos ha dado la salud que tenemos. En el combate mucho valor y dejar una reserva para cualquier evento. Entre tanto llega Obando (Antonio) y obra como si fuera un viejo de 50 años.

“Cancino saldrá por Cartago. Si necesitas urgentemente de la partida que él lleva para el Chocó, usa de ella para exterminar esos godos. ¡Cuánto celebraría que tú fueses el vencedor de Calzada y el libertador de Popayán! A propósito, te remito tu despacho de la ‘Orden de Libertadores.’

“Olvida amores; no pienses sino en adquirir gloria y honor para tu Patria.

“Memorias al general Ricaurte, y que le felicito por su salvación.

“Soy tuyo siempre, con todo afecto,

“SANTANDER.

“Te mandaré la bandera de tu batallón con un *Boyacá*, según el decreto que se ha dado.”

En otra carta fechada el mismo año, dice lo siguiente:

“El Libertador te conoce de antemano y sabe tu porte: te recomiendo que jamás desmientas este concepto, y puedes con-

tar con el aprecio del Presidente y con el adelantamiento en tu carrera. Yo estoy muy seguro de tu honor y deseos de servir á medida del gusto de tus jefes.”

¡ Oh tiempos en que el honor, la gloria y el aprecio de sus jefes bastaba para hacer héroes !..... Sombras de los que fueron, si os levantarais ahora ¿ qué encontraríais ?.....

IX

Bolívar partió de Bogotá con dirección á Cali, al empezar el año de 1822, en donde había dado cita á sus tropas destinadas al Sur (1). Allí expidió una proclama en la que anunciaba la próxima expulsión de los realistas de todo Colombia.

Ya para entonces había llegado á Quito el general Mourgeón, enviado por España como Virrey del Nuevo Reino de Granada, y traía bastantes fuerzas y amplios recursos para reconquistar la Colonia perdida. La situación era, pues, ardua y peligrosa para Bolívar; pero las dificultades eran las que más le alentaban, enardecían y llenaban de brío. Así fué que se ocupó, con aquella asombrosa actividad que lo distinguía, y que era un dón de su genio, en reunir todos los recursos y fuerzas posibles para emprender la campaña. Las guerrillas pastusas causaban grandes daños á los patriotas, como hemos dicho antes, é impedían el paso y hostilizaban muchísimo á los ejércitos en aquel terreno tan agrio y montañoso. Pero la estrella de Bolívar estaba entonces en su ascendencia y todo conspiraba á colmar sus deseos; así, pues, tuvo la satisfacción en Cali de persuadir al guerrillero realista José María Obando á que abandonase á los españoles y se afiliase en las tropas patriotas.

Este acontecimiento abrevió mucho las operaciones de Bo-

(1) Había tenido que renunciar al primer proyecto de campaña sobre el Sur, por atender á la de Venezuela, que coronó con la gran victoria de Carabobo, el 24 de Junio de 1821.

lívar en el Sur. Obando era el mejor guía por los riscos de las provincias de Pasto y Quito, y sus guerrilleros el auxilio más poderoso que podía apetecerse en aquel momento.

El comandante Joaquín París, que había ocupado á Popayán con su batallón el 8 de Octubre, tuvo mucha parte en el sometimiento de Obando y su paso á la causa de la República; y aunque después estuvieron opuestos en política, siempre fueron amigos personales.

Bolívar continuó su marcha al Sur, y el 14 de Marzo llegó á los desfiladeros de Juanambú, en donde le aguardaba el coronel español D. Basilio García, hombre duro de corazón é inclinado á derramar sangre en toda circunstancia.

El 3 de Abril llegó la vanguardia del Libertador al pueblo de Tambo-pintado: ésta iba comandada por el teniente-coronel París, y tuvo algunas escaramuzas con partidas enemigas. El cuerpo del ejército siguió los pasos de la vanguardia, la cual iba encontrando destacamentos enemigos escalonados por el camino, los que se replegaban unos sobre otros hasta que en la montaña de Chaguarbamba contaban más de 400 hombres. Aquélla había sido una medida estratégica del coronel García, y si el ejército hubiera seguido por esa vía, no hay duda que se habría perdido; pero el Libertador tuvo noticia de las fuerzas y situación de los españoles, y á tiempo mandó que el ejército dejara el camino real y siguiera otro, por donde le condujo un práctico hasta Tambillo, y allí se detuvo por la noche. La intención de Bolívar había sido flanquear al enemigo é incomunicarle con el Ecuador; pero no contaba con los impasables riscos que abundan en aquellas comarcas. El comandante París iba siempre adelante con sus cazadores, expuesto á todos los peligros.

El jefe español, sabedor de la situación y movimientos del ejército patriota, contramarchó también, y dando un rodeo, fué á tomar la posición más formidable de todas aquellas montañas, en medio de riscos inaccesibles y de precipicios inexpugnables, desde donde pensó impedir fácilmente que se le acercasen las tropas republicanas.

El comandante París, que había salido á hacer un reconocimiento por las dehesas de la hacienda de Bomboná, descubrió el ejército español parapetado en posiciones que le parecían inexpugnables, y avisó al Libertador de la situación en que estaba el ejército patriota al pie de aquellos cerros coronados de enemigos. Pero Bolívar no hizo caso, sino que ordenó que antes de racionar la tropa se atacase al enemigo, disponiendo inmediatamente el orden en que debía pelear su ejército. Los batallones patriotas se estrellaban contra las rocas que servían de parapeto á los realistas. La batalla empezó á las diez de la mañana, y á las seis de la noche cesaron los fuegos, pero aun estaba indecisa, y no había un solo jefe, un solo oficial que no estuviese más ó menos gravemente herido. “ Los combatientes, en las últimas horas, dice un testigo ocular, ya no pisaban el suelo sino que caminaban sobre una alfombra de cadáveres.” Entre tanto, algunos audaces batallones habían subido por las rocas y precipicios, por el flanco izquierdo del enemigo, y al llegar la noche se encontraron en la cumbre. Espantado el coronel García de tanto arrojo, emprendió sin ruido la retirada, abandonando la artillería y los heridos; creyendo, sin duda, que aquellos batallones serían seguidos de otros. Al aclarar el día, el Libertador se halló dueño del campo.

Los batallones Bogotá y Vargas habían sido exterminados casi por completo, y sus banderas cayeron en manos del enemigo. Pero D. Basilio García tuvo la generosidad de devolverlas al Libertador, enviándoselas desde Pasto, sorprendido del valor heroico de aquellos soldados.

“ Al principio de la batalla fué herido el general Torres, y tomó la dirección personal del ataque el teniente-coronel Lucas Carvajal (diferente del comandante Lucas Carvajal que murió en Jenoy); herido también, le reemplazó el teniente-coronel Joaquín París; herido igualmente París, le sucedió el teniente-coronel Ignacio Luque; hirieron á Luque y ocupó su lugar el teniente-coronel Pedro Antonio García; herido García, el sargento mayor León Galindo; herido Galindo, como los

otros, el sargento mayor Federico Valencia le siguió, y de la misma manera fué herido, con lo cual, á la media hora de fuego, todos los jefes de la División de vanguardia estaban fuera de combate, y tuvieron que mandarla oficiales de menor graduación." (1)

Fué en aquellas circunstancias cuando, según contaban los compañeros del teniente-coronel París (pues él nunca lo refería y ni aun quería confesarlo), notando el Libertador que estaba herido (había perdido dos dedos de la mano derecha), le mandó decir que le iba á reemplazar con otro jefe; pero él había contestado, inspirado por el genio de las batallas y olvidando su natural modestia: "A mí no se me reemplaza!" Y sin hacer caso de su herida, siguió combatiendo hasta caer exánime con la pérdida de sangre, lo que le forzó á admitir que le sucediese en el mando el comandante Luque.

Desde el 7 de Abril hasta el 15, Bolívar permaneció acampado en la hacienda de Bomboná, y allí ascendió á coronel al denodado París. En seguida el ejército del Libertador se retiró al Trapiche para reponer las fuerzas de sus tropas y atender á los heridos que llevaba, muchos de los cuales murieron allí. En el Peñol recibió refuerzos que le enviaba Santander desde Cundinamarca y se puso en movimiento sobre Pasto. Al llegar á Berrnecos recibió propuestas de capitulación del coronel García (que ya tenía noticia del triunfo de Sucre en Pichincha, cosa que Bolívar ignoraba) y celebró con él un tratado. Dos días después entraba en Pasto, en donde el coronel García le dió la noticia del triunfo de Sucre, la ocupación de Quito, y por consiguiente la terminación de la guerra en el Sur de Colombia.

Como París hubiese quedado herido, según dijimos arriba, á su llegada á Quito se puso muy malo y duró largos días enfermo. En aquella campaña empezó también á volverse sordo, mal de que fué empeorando, hasta que al fin tuvo que usar una bocina para poder oír.

(1) "Recuerdos históricos" del coronel Manuel Antonio López.

X

Después de pasar algún tiempo en Quito, muy atendido por todos, y mientras que Bolívar partía para Guayaquil á verse con San Martín, París regresaba al Cauca.

En el pueblo de Yacuanquer supo que el general Pedro León Torres, que había quedado herido en aquel punto, desde la batalla de Bomboná, estaba allí en las agonías de la muerte. París y Torres se hallaban enemistados: habían estado á punto de batirse en duelo en Popayán antes de la campaña, y no se hablaban. París tenía empeño en continuar su marcha, porque le habían dado el denuncio de que una guerrilla, compuesta de indios al mando de Sarria, le perseguía para matarle, y le interesaba pasar adelante. Pero apenas supo la situación del general Torres, corrió á buscarle. Le encontró sin recursos, sin auxilios, rodeado de gentes ignorantes y enemigas de su causa, y aguardando la muerte por instantes. Al verle así, París le abrazó llorando y juró quedarse allí asistiéndole. Torres agradeció mucho su noble oferta y le pidió perdón por la mala voluntad que antes le había tenido. Sin embargo, poco rato después recibieron noticias de que la guerrilla de Sarria, á la que París había logrado adelantarse, venía ya muy cerca y con intención de matar á todo patriota que encontrase en el camino.

—Moriremos juntos al menos! dijo París dirigiéndose á Torres.

—No será así, repuso el otro. Espiraré muy pronto de mis heridas; no espero nada ya del mundo, mientras que usted, coronel, es padre de familia y puede aún escaparse; déjeme aquí y sálvese usted!

París rehusaba dejarle y le pedía por favor que le permitiese participar de su suerte.

Sin embargo, prevalecieron al fin los ruegos del general; París se despidió profundamente afligido, y montando, continuó su marcha apresuradamente. Ya había cerrado enteramente la

noche cuando pasó por un puente peligrosísimo en que creyó despeñarse; pero siguió su camino sin haber sufrido ninguna novedad hasta llegar á tierra amiga.

Al día siguiente supo que su buena acción le había salvado la vida. Cerca de aquel puente que pasó de noche, estaban apostados algunos indios realistas, los cuales habían matado durante el día á todos los que pasaban por allí. Si París no se detiene con Torres, sin duda llega á ese punto con la claridad del día y hubiera muerto sin remedio; pero la oscuridad le favoreció: los indios se habían retirado á sus guaridas á descansar de sus faenas homicidas, y de esa manera se salvó milagrosamente nuestro héroe.

Llegó á Popayán y de allí siguió para Bogotá, en donde le aguardaba su esposa. Ella había recibido ya de antemano la bala abollada que había roto los dedos del heroico militar en Bomboná y que había quedado dentro del guante que llevaba puesto; y aunque le recibió gloriosamente mutilado después de tan ardua campaña, se llenó de júbilo con las glorias conquistadas por él para la Patria que ambos amaban tanto.

En Bogotá fué nombrado comandante de armas de la capital; puesto que ocupaba el 25 de Septiembre de 1828, cuando ocurrió la funesta conspiración contra la vida del Libertador. París había sido ascendido á general desde el 2 de Octubre de 1827, y era muy apreciado por Bolívar.

Al día siguiente del 25 de Septiembre, yendo él á caballo en unión de varios generales en el séquito de Bolívar que recorría los cuarteles, se acercó Santander, que también iba á caballo, y saludó al Presidente y á su comitiva. Ninguno le contestó, salvo París; pues todos sospechaban que Santander debía de tener parte en la conspiración y temían la cólera del Libertador y el que se creyese que ellos también simpatizaban con aquel crimen.

Santander notó las miradas de todos, y acercándose á su antiguo amigo, le dijo en voz baja:

—Por el modo como me han recibido estos señores, comprendo que estoy perdido. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Vete á mi casa, le contestó París, y aguárdame allí.

—O á la mía, repuso Urdaneta, que había oído el diálogo.

Todos continuaron con Bolívar, que iba silencioso y sombrío, hasta Palacio, en donde entraron todos, menos Santander, que revolvió el caballo en la puerta para ir á casa de su hermana Doña Josefa Santander de Briceño, con quien consultaba todos sus actos. En aquel momento (contaba el general París) un oficial inglés que estaba de guardia, desenvainó la espada y se abalanzó sobre Santander, pero París se interpuso enérgicamente y le salvó la vida.

Bolívar, que había presenciado en silencio aquella escena, dijo á nuestro general con tono amargo:

—Algún día le pesará á usted esa buena acción.

Juzgados los conspiradores en Consejo de guerra, fueron condenados á muerte algunos amigos y compañeros de armas de París: él trató de defenderlos y por esto fué mal mirado por los aduladores del Libertador, y removido del empleo de comandante de armas de Bogotá. Con el general Córdoba tuvo en aquella ocasión una grave molestia. Córdoba se manifestaba enfurecido por la ingratitud de los malquerientes de Bolívar y pretendía hacer fusilar á 200 que se decía habían tomado parte en la conspiración; y sin embargo, no se había pasado un año cuando ese ilustre general también se había levantado en armas contra el Libertador, y moría asesinado á pocos pasos del campo de batalla por una mano alevosa! Aquella familia estaba destinada á una muerte sangrienta. Su hermano Salvador murió trágicamente en un banquillo, doce años después, fusilado por orden del general Mosquera, por haber tomado parte en la insurrección del año de 1840.

XI

El Sr. Joaquín Mosquera, elegido Presidente por el Congreso, tomó posesión de la silla del Gobierno en Junio de 1830

y entre los secretarios que nombró estaba el general París, á quien tocó la cartera de Guerra. El Gobierno vacilante del Sr. Mosquera duró poco, y antes de haber concluido, París, removido por consejos de los liberales exaltados, se retiró á su quinta en el Ejido de Bogotá, y donde recibía á bolivianos y liberales con igual cortesía. Cuando estalló la revolución encabezada por el general Urdaneta, París se manifestó imparcial, y después de la batalla del Santuario se ocupó activamente en evitar persecuciones y atropellos de parte de los vencedores contra los vencidos.

Urdaneta, declarado Dictador por la insurrección (mientras que llamaban al Libertador), nombró entre sus Secretarios al general París; destino que éste aceptó principalmente con el objeto de evitar injusticias y arbitrariedades de parte del partido triunfante, y á excitación de los vencidos.

Pero ya aquella revolución no tenía objeto, una vez que Bolívar rehusó aceptar sus consecuencias; á lo que se agregó que en Diciembre del mismo año moría en Santa-Marta el Libertador, produciendo el desaliento y la aflicción en el partido llamado boliviano y que encabezaba Urdaneta. Éste firmó un tratado de paz con el Vicepresidente legítimo, D. Domingo Caicedo, en Abril de 1831, y París volvió á retirarse á la vida privada. La muerte alevosa de su hermano Mariano le alejó enteramente de Santander y su partido (1).

Enarbolada en 1840 la bandera de la rebelión por el gene-

(1) El coronel Mariano París era valiente como un león, y por su demasiado arrojo, amigo de buscar ruidos. Descontento con el Gobierno del general Santander, tomó parte en la conspiración tramada por Sardá en 1833: descubierta ésta, París se retiró á Chipaque, en donde se dijo que estaba levantando gente. El Gobernador de la Provincia, Dr. R. Cuervo, envió á cargo de un antioqueño Calle una partida de soldados en persecución del coronel París. Apresáronle en el pueblo de Une, y en la vía, so pretexto de que se quería fugar, le asesinaron cobardemente, y luego metieron su cadáver á Bogotá atravesado sobre una bestia; causando aquella barbaridad horrible impresión en toda la población. Dijose entonces que el asesinato había sido ordenado por Santander, pero no se dieron las pruebas.

ral José María Obando en el Sur, en Antioquia por el coronel Córdoba, y por Carmona en la Costa, el Gobierno del Dr. Márquez volvió á llamar al servicio activo al general París. Le confió una División, que obró sobre el Socorro, y en seguida fué enviado á tomar la ciudad de Honda, donde mandaba el rebelde coronel José M. Vezga, á quien venció el 9 de Enero de 1841, ocupando la plaza á contentamiento de ambos partidos, pues su conducta siempre humana y bondadosa con unos y otros hacía grata su presencia en todas partes. Si el general París había carecido de una educación brillante, su amor á la instrucción y su gusto por la lectura, su honradez acrisolada, su experiencia en todo lo concerniente á asuntos militares y su valor físico y moral le hicieron popular en todas ocasiones; y baste decir que jamás tuvo un enemigo. Durante las administraciones de Herrán y Mosquera desempeñó varias veces las Secretarías de Guerra y Marina, manejándose siempre con justicia y equidad.

En 1851 el general París estuvo preso con otros conservadores notables, acusados de haber organizado la revolución contra el Gobierno presidido por el general López, iniciada en varias partes de la República. Pero nunca fué sometido á juicio, y una vez sufocada aquella insurrección, fué puesto en libertad lisa y llanamente.

La dictadura militar del general Melo, ocurrida en 1854, puso al general París otra vez en campaña. Unido á sus antiguos compañeros de armas, Herrán, Mosquera, López y otros, dicho general, como segundo jefe del ejército del Sur, comandante de la segunda División, y rodeado de seis de sus siete hijos, hizo una campaña brillante. Sin desmentir un momento el heroico valor que le distinguía, aunque estaba enteramente sordo, exponiéndose á los peligros con una sangre fría maravillosa, coadyuvó á coronar la victoria en la plaza de Bogotá, á donde todas las fuerzas constitucionales, después de tomar la ciudad de casa en casa y de manzana en manzana, penetraron el 4 de Diciembre de 1854.

Si fué segundo jefe no más en aquella campaña, lo debió

á su proverbial modestia, puesto que el Gobierno quiso nombrarle general en Jefe, lo cual él rehusó pidiendo que nombrasen al general López para ese puesto.

Empezaron á lloverle las penas con los años: en esa campaña contra Melo fué herido uno de sus hijos y murió otro, Celestino; y pocos meses después tuvo la pena de perder á otro, Fidel, que pereció ahogado en un río; en Enero de 1860 murió su esposa, matrona modelo en Bogotá y digna mujer de tan heroico militar, la cual jamás se manifestó amilanada, ni trató de impedir que su marido ó sus hijos tomaran las armas en servicio de su Patria.

XII

En el mismo año en que el general París perdía á su esposa, quiso retirarse á vivir á su hacienda de Peñas-Blancas, cerca de Honda; pero el Gobierno del Dr. Mariano Ospina se lo impidió, suplicándole que fuese á combatir la rebelión del Cauca, encabezada por su antiguo copartidario el general Mosquera, que entonces se había unido á su anterior enemigo el general Obando, para combatir al Gobierno legítimo.

Antes de que partiese para la guerra, el Sr. José M. Quijano le envió un álbum, en el cual le suplicó escribiese alguno de sus recuerdos de la Guerra Magna; de ese libro extractamos yá algunos párrafos, y ahora insertamos la última página.

“Cuarenta y cuatro años han transcurrido, escribía el general París: la mano que traza estas líneas tiene que soltar la pluma para volver á empuñar la espada. ¡Ojalá fuese contra enemigos externos! Ellos no existen ya; pero las conmociones intestinas, las guerras fratricidas no han cesado. El volcán revolucionario retumba otra vez, amenazando cubrir de ardiente lava y escuálida escoria la vasta extensión del país. Algún día se apagará y brotarán de nuevo de entre los escombros y la escoria:

“La vid, la miés, el plátano sonante
Y el dulce aroma de la flor fragante.”

“Entonces el futuro historiador y los poetas de un pueblo honrado, feliz y pacífico, buscarán solícitos, no el nombre de los que figuraron en oscuras é incesantes guerras civiles, sino el nombre de los que fundaron la Independencia del país: buscarán también sus humildes tumbas para derramar sobre ellas lágrimas de admiración y gratitud. Entre tanto, silencio y conformidad !

“..... Dios la da á todo el que cumple con su deber.”

No obstante su edad ya bastante avanzada, el general París, acompañado de algunos de los hijos que le quedaban, partió para el Tolima, en donde, aunque carecía de las armas y de los recursos necesarios, levantó una División, la cual, atacada en Segovia, fué derrotada el 19 de Noviembre de 1860 por Mosquera, que llevaba fuerzas muy superiores y estaba en territorio amigo. Aquella campaña era cada día más desgraciada, y los conservadores marchaban de derrota en derrota.

No es nuestro propósito describir aquí una guerra que fué la fuente de tantos infortunios, y baste saber para nuestro asunto que el general París, como jefe de los ejércitos de un Gobierno que carecía de recursos, de actividad y de experiencia militar, y combatía contra un enemigo nada escrupuloso, que todo lo arrostraba y se hacía á recursos de cualquier manera, tenía que salir mal trecho en todas las acciones que empeñaba.

El Sr. Ospina había dejado, al empezar el año de 1861, el mando del legítimo Gobierno de la República al Procurador de la Nación, Dr. Bartolomé Calvo.

Derrotado definitivamente en Tunja el general Arjona por el general Santos Gutiérrez, el 7 de Abril de 1861, se retiró á la Sabana y el 11 llegaron los derrotados á Bogotá. Inmediatamente ordenó el Gobierno que se formase otra División para marchar nuevamente á Tunja. Entre tanto el enemigo se movía sobre la Sabana, y el 18 llegó Mosquera á Subachoque.

El general París estaba muy enfermo en cama, pero á pesar de todo resolvió levantarse é ir á ponerse á la cabeza de las fuerzas. Según lo que dice el Sr. Ramón Guerra A., en su artículo

intitulado "La batalla de Subachoque," el general París se negó á librar batalla inmediatamente, por no haber estudiado el terreno, y porque no tenía confianza en el entusiasmo de la tropa del Gobierno. Pero otros testigos oculares y que no abandonaban el lado del general París, aseguran que, al contrario, éste deseaba ardientemente romper las hostilidades, que los demás jefes no quisieron consentir en ello, hasta que ya era demasiado tarde, y Mosquera había tenido tiempo de tomar sus medidas para defenderse con ventaja (1).

Después de muchas vacilaciones, al fin el 25 de Abril, dispuesto todo, se rompieron los fuegos. ¡Triste, triste cosa era por cierto ver á aquellos hombres que tantas veces habían combatido en unas mismas filas para rechazar al español, ahora encarados combatiendo con valor insano para tratar de exterminarse los unos á los otros!

La mortandad fué espantosa en ambos ejércitos: por un momento los conservadores fueron vencedores; pero los liberales se rehicieron, rechazaron al ejército contrario, y sólo con la oscuridad de la noche cesaron los fuegos. El combate debió continuar al clarear el día siguiente; y si el general París dió las órdenes necesarias para que se alistase el ejército, los jefes subalternos estaban tan desalentados con las enormes pérdidas que se habían sufrido y las deserciones ocurridas durante la noche, que no era posible pensar en combatir, sino en tratar de refocilar la tropa y sacar á los heridos fuera del campamento. París seguía muy enfermo, y sólo su fuerza moral le sostenía en aquellos momentos en que las físicas le habían hecho traición.

Estando en esta situación, recibió una carta del general Mosquera, en la que le pedía una entrevista, cosa que deseaba hacía algún tiempo, y concluía con estas palabras: "Sentiré mucho morir sin que hayas querido oír lo que tengo que decirte." (2)

(1) Véase "La Batalla de Subachoque," por Ramón Guerra Azuola. *Repertorio Colombiano*, Agosto de 1879.

(2) "Batalla de Subachoque," antes citada.

El general París, después de consultar con los demás jefes y los miembros del Gobierno si debía aceptar la entrevista, vino en ello y fijó la hora y el día. Mientras tanto Mosquera había recibido refuerzos: sabedores de esto algunos jefes conservadores, quisieron cambiar de campamento durante la noche, pero el general París no lo permitió. “La hidalguía de ese honrado veterano, dice Guerra Azuola, le hacía rechazar cualquier paso que pudiera traer consigo el menoscabo de la reputación del ejército que mandaba, ó desdijese siquiera de la franqueza y lealtad que caracterizaban todos sus actos.”

La entrevista de los dos jefes tuvo lugar el día 29 en un prado, en medio de los dos campamentos; pero nada resultó de ahí sino la agravación de la enfermedad del general París, á quien hizo mucho daño una copa de vino que le ofreció el general Mosquera. Aunque se dijo entonces que había sido envenenado, París se reía de aquello, porque tenía seguridad de que á pesar de todo D. Tomás le tenía un verdadero cariño. La enfermedad del general en Jefe se hizo ya tan crítica, que el Gobierno, que había rehusado permitirle volver á Bogotá á curarse, temeroso de que su presencia en la capital alarmase la ciudad y se creyese que estaba derrotado el ejército, al fin tuvo que ceder á la necesidad y dió orden de que le trasladasen á su casa, á donde llegó moribundo.

Larga y penosa fué aquella enfermedad del honrado general, que sufría con los desastres que oscurecían el cielo de una patria por la cual tantas veces había derramado su sangre. Mientras que permanecía entre la vida y la muerte, uno de sus hijos, Vicente, valeroso capitán de artillería, era mortalmente herido en el combate de Usaquéen el 13 de Junio. Su desolada familia tuvo que atender á Vicente hasta su muerte, y al mismo tiempo ocultar al general, durante algunos días, aquella desgracia, para que no se agravase. Sin embargo, al fin el general pudo levantarse el 18 de Julio, y sobreponerse al mal, y deseoso de hacer un último esfuerzo para restablecer el ánimo de las tropas, montó á caballo, acompañado de los hijos que habían sobrevivido

á tantos desastres, y se dirigió hacia los afueras de la ciudad. Pero las tropas estaban entregadas al más completo desaliento; el enemigo avanzaba por el Sur y el Norte, y ya los liberales se preparaban á recibir á Mosquera triunfante, cuando el general París, viendo herido á uno de sus hijos en el combate, resolvió asilarse en casa del Ministro inglés para evitar el que le atropellasen; pero esa noche volvió á su casa y al seno de su familia.

Agobiado por los años y los infortunios, afligido con la situación de su patria, pero bondadoso, desprendido y generoso siempre, amigo del débil, prudente y trabajando sin cesar para conciliar los ánimos descompuestos, sus amigos vieron con pena al general París alejarse de Bogotá y retirarse á la hacienda de Fagua, en donde acompañó á sus hijos que se habían dedicado á faenas campestres. Vivió en aquel lugar hasta 1868, época en que su salud le obligó á ir á buscar una temperatura cálida, y murió en Honda el 2 de Octubre del mismo año.

Su tumba guarda los restos de uno de aquellos preclaros varones cuyo ejemplo debería señalarse á la juventud presuntuosa para enseñarle que el verdadero mérito no necesita jamás de los elogios propios para dejar un nombre envidiable en los anales de la Patria.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

Bogotá, 1.º de Junio de 1883.